

HERMANA ESPAÑA

POR

ADOLFO FOJO COLMEIRO

LA "Declaración de Salta", publicada últimamente en estas mismas páginas, constituye sin duda un hecho alentador. Es un síntoma más, entre otros muchos, de que dentro del mundo hispánico van haciéndose notar con intensidad creciente tendencias aglutinadoras que ya rebasan la esfera reducida de los pensadores idealistas para incorporarse al complejo de afanes sentidos por más amplios sectores, independientemente de los límites impuestos por la política localista o la geografía.

En sí, el fenómeno no tiene nada de extraño. Los pueblos integrados en nuestro ámbito—llámese este Hispanoamérica, Iberoamérica o Mundo Hispánico—están unidos entre sí por factores comunes de sangre, fe, idioma, historia y actitud vital, que por fuerza tienen que dar lugar a un sentimiento de solidaridad hispánica. Hoy, amortiguados pasados rencores y sedimentada la lucha por la estructura, que comenzó con la Independencia y siguió rumbos claramente paralelos en ambas orillas del Atlántico, dicho sentimiento puede ya

manifestarse con vigor y se ve además reforzado por las circunstancias mundiales, que exigen una estrecha cooperación entre pueblos afines, si éstos quieren hacer frente con éxito a los peligros que para los débiles entraña la pugna por la hegemonía mundial hoy planteada entre los fuertes. Es precisamente para el conjunto de naciones nacidas de una raíz común ibérica para quienes mejores perspectivas ofrece, en nuestros días, una cooperación efectiva entre las mismas, y en tal cooperación se encierra una gran esperanza, no sólo para nosotros, sino también para el resto del mundo civilizado, que quizá pueda aprender de nosotros el único camino acertado a seguir en la presente coyuntura histórica.

Es posible que los hispánicos—y conste que utilizo este vocablo en su sentido más lato—no acertemos todavía a vernos mutuamente como compatriotas; pero lo que sí es indudable es que tampoco llegamos a considerarnos extranjeros. Sabemos que hay algo que nos une, aunque no siempre ni todos seamos capaces de definir exactamente lo que es. Se trata de un sentimiento íntimo, arraigado, que lleva al hispánico a trazar un límite claro entre los "suyos" y los demás. Aquí, en España, por ejemplo, un inglés, un francés o un búlgaro son extranjeros en boca del pueblo, lo mismo que para las autoridades oficiales; pero, en cambio, un iberoamericano siempre es el argentino, el chileno o el colombiano, y muchas veces ni siquiera se hace diferencia entre el americano nacido en América y el español que ha pasado allá largos años: para el pueblo, todos son "americanos". Por lo que he podido observar, algo parecido sucede entre criollos, que siempre establecerán una neta distinción entre los demás criollos y los españoles, de una parte, y los "gringos", extranjeros no hispánicos, de la otra.

Todo esto, que parece hecho para facilitar una unión cada vez más estrecha entre los hispánicos, no se debe tan sólo a la lengua o a la sangre. Obedece más bien a un complejo de factores reunidos y cooperantes que se traducen en un senti-

miento indefinido y difícilmente definible de solidaridad interhispanica, que hoy ya comienza a cristalizar en manifestaciones tangibles como esa "Declaración de Salta", más arriba mencionada.

Pero, en relación con el tema de la solidaridad interhispanica, hay algo que merece ser notado, algo que interesa muy especialmente a los españoles y que dicho documento pone una vez más de relieve: al lado de las tendencias aglutinadoras, que se hacen sentir cada vez con mayor pujanza, y especialmente en la orilla americana de la Hispanidad, persiste y se desarrolla una diferenciación que a nosotros—españoles y portugueses por igual—no puede menos de inquietarnos. Es una inclinación, quizá inconsciente, pero persistente, a convertir, al considerar el conjunto hispanico, a los pueblos ibéricos en lo que podríamos llamar "un caso particular" dentro de la Hispanidad. Así, el artículo primero de la "Declaración de Salta" especifica que "el hispanoamericanismo es un movimiento que procura la unión de los pueblos hispanicos del Continente americano", y aunque la implícita exclusión de las naciones ibéricas se ve atenuada en el artículo XVIII, que "reconoce solemnemente los vínculos excepcionales que unen a la comunidad hispanoamericana con España y Portugal, en cuanto países forjadores de su personalidad", resurge en el mismo artículo al afirmar éste que "ambos Estados tendrán cabida, dentro de condiciones especiales, en el seno de la organización hispanoamericana".

Pues bien: en mi sentir, no deben existir tales condiciones especiales. Dentro de la Hispanidad, el caso de España y Portugal es, y debe ser, idéntico al de Guatemala o el Brasil, pongamos por caso. En este terreno, y en el tiempo que vivimos, toda diferenciación es tan injusta como ilógica.

Junto con Portugal, y sin olvidar desde luego el papel desempeñado por el trasfondo indio, fué España la generadora del actual Mundo Hispánico. Fueron sus hombres—el pueblo español de entonces—quienes hispanizaron América, y lo hi-

cieron aportando a sus playas una cultura multiseccular y mezclando su propia sangre con la indígena a través de la todavía nunca justamente valorada institución de la familia mixta hispanoindia. De este modo, España—Iberia diríamos mejor—fué la madre de las actuales naciones americanas que un día dependieron de ella, y esto resulta tan claro para todos, que es precisamente el de Madre Patria el nombre que en América se da frecuentemente a la antigua metrópoli.

Pero esto de la Madre Patria ha ido convirtiéndose poco a poco en un tópico, peligroso e inexacto como casi todos los tópicos lo son, y que constituye quizá el origen de esa diferenciación entre países iberoamericanos e ibéricos que puede llegar a dar lugar a la exclusión de éstos, no quizá de la Hispanidad, pero sí de las consecuencias prácticas de la misma. Por fortuna, todo eso de los lazos filiales, de la madre España y de las hijas americanas no pasa de ser un convencionalismo cursilón, que ya va siendo hora de arrinconar junto con las estelas de carabelas, los imperios espirituales y otras majaderías inventadas por los que confunden la Hispanidad con unos juegos florales. En estos nuestros tiempos del número y de la acción, la Hispanidad no puede ser un tema para charlatanes, sino un hecho real a ser estudiado y valorado con un criterio práctico y científico. Y si así lo hacemos, veremos que, desde luego, ha existido una España madre. Lo fué la de los siglos XVI y XVII; la de los descubrimientos y la de las Leyes de Indias; la de los conquistadores, virreyes y oidores; la que llevó a las playas americanas la luz del Evangelio y supo crear las primeras universidades del continente. Pero veremos también, al estudiar los hechos sin pasión ni sentimentalismo, que aquella España descubridora, conquistadora y civilizadora, sin la que no habría hoy Hispanidad posible, ha dejado de ser hace mucho tiempo. La España actual, la que en pleno siglo XX aspira a ocupar un puesto más dentro de la comunidad de pueblos hispánicos, ya no es aquélla: es hija de ella; tan hija como puedan serlo

la República Argentina o Venezuela. Y por lo mismo, el pueblo español de hoy no es diferente de los iberoamericanos. Los españoles ya no somos conquistadores ni colonizadores; somos, eso sí, descendientes de los descubridores y civilizadores, de la España madre que llevó a América nuestra cultura y nuestra fe; pero esto también pueden decirlo, con iguales y hasta mejores razones, los iberoamericanos de nuestros días.

Por ello es muy conveniente que, dejando a un lado viejos tópicos, lleguemos todos a la convicción de que ya no existe, dentro del ámbito hispánico, relación alguna de padres a hijos, de mayores a menores. No hay ni puede haber ya más que hermanos, y para serlo, tanto vale haber visto la luz primera en el corazón mismo de Castilla o al pie de la cordillera andina. La España de hoy, con sus defectos y con sus virtudes, es una más entre las naciones hispánicas. Está en la Hispanidad con los mismos títulos e iguales deberes que otra nación hermana cualquiera, y en igualdad de condiciones con éstas debe estar en cualquier consecuencia práctica y operante de la Hispanidad.